

Transformación y permanencia de las costumbres funerarias del pueblo de San Lorenzo Tezonco

Ana Tania Romero Levario
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Hablar de velorios y cortejos funerarios todavía es un tabú para algunas regiones u otros países donde conversar sobre nuestra propia muerte se manifiesta intocable, a sabiendas de que en algún momento sucederá, y referirnos a ella suena poco apropiado durante las conversaciones cotidianas en culturas urbanas. Sin embargo, en nuestra cultura popular no sucede así durante el 1° y 2 de noviembre o Día de Muertos, también conocido como de Todos los Santos o de los Fieles Difuntos.

En pleno siglo XXI la transformación, como la pérdida de ritos y costumbres inmersos en los cortejos y sepelios funerarios, la han permitido los propios integrantes de las comunidades, ya que ante los descendientes son responsables de su cultura e identidad. Una analogía pertinente sería la carrera de relevos, en la cual cada participante debe pasar la estafeta a su compañero o sucesor. Por ende, la estafeta corresponde a las tradiciones familiares y grupales que se deseen conservar o erradicar a lo largo de la carrera en la vida.

En el presente trabajo se tocan los temas de permanencia, transformación y pérdida en el ámbito funerario dentro del pueblo de San Lorenzo Tezonco, Iztapalapa, una de las 16 delegaciones del Distrito Federal, que comparte características históricas a lo largo de los años que lo hacen único y diferente a cualquier otra geografía en México. Así, se describe y analiza la permanencia y transformación de costumbres, tradiciones, relatos y ritos que conforman las prácticas funerarias de esa localidad.

En algunas de las investigaciones ya realizadas por instituciones como el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y otras, se menciona que la delegación Iztapalapa está integrada por 16 pueblos, entre los que figuran Iztapalapa de Cuitláhuac, Aculco, Magdalena Atlazolpa, San Juanico Nextipac, San Andrés Tetepilco, San Marcos Mexicaltzingo, Culhuacán, Santa María Tomatlán, San Andrés Tomatlán, San Lorenzo Tezonco,

Santa Cruz Meyehualco, San Sebastián Tecoloxtitlán, Santiago Acahualtepec, Santa María Aztahuacán, Santa Martha Acatitla y San Lorenzo Xicoténcatl, aunque habrá quienes afirmen que Iztapalapa está conformada por 17 o 18 pueblos.

La importancia de estos pueblos en el contexto de la ciudad de México se debe a su larga historia, que se remonta a la época prehispánica; por esto, en la actualidad conservan una serie de tradiciones y prácticas culturales que se recrean en su memoria histórica.

Cabe aclarar que en la presente investigación se retoma el concepto de pueblo propuesto por Medina en su ensayo "Pueblos antiguos, ciudad diversa. Una definición etnográfica de los pueblos originarios de la ciudad de México", donde se refiere que los pueblos de la ciudad son las antiguas comunidades agrarias mesoamericanas que poblaban la cuenca de México, y que a pesar de presiones diversas y contingencias históricas como la conquista española y los procesos de urbanización y crecimiento de la ciudad, estas comunidades se han mantenido en el tiempo y en el territorio gracias a sus propios mecanismos de resistencia y negociación con su entorno, por lo que se transforman; algunas de ellas se desintegran, pero la mayor parte logra reproducirse y reinventarse a partir de un capital cultural contenido en la tradición mesoamericana:

La presencia de los pueblos originarios de pronto nos resulta evidente y rica en las formas que constituyen a la posmoderna y globalizada ciudad de México; por un lado nos encontramos con la toponimia de raíz náhuatl, es decir un tanto castellanizada, la cual cubre la vasta extensión —no sólo de la ávida mancha urbana que configura lo que se llama la zona metropolitana de la ciudad de México— sino el espacio histórico más amplio en que se ubica, la cuenca de México (Medina, 2007: 32).

Un importante mecanismo de reproducción se da a partir de la historia oral en los pueblos, distinguiéndose por el gran peso cultural que los caracteriza y los hace únicos por su pasado prehispánico a partir de los relatos de los pobladores y su propia cosmovisión en torno a la vida y la muerte, no como eventos que marcan rupturas, sino más bien de importantes construcciones simbólicas, discursivas y rituales con que los habitantes buscan su continuidad histórica y permanencia como grupo social.

Como parte de esta rica herencia de prácticas culturales, los ritos funerarios de San Lorenzo Tezonco nos transmiten su visión del mundo. Como lo menciona Mendoza (2005: 15), este proceso presenta una serie de momentos críticos de transición que todas las sociedades ritualizan y señalan públicamente con ceremonias

apropiadas para inculcar la importancia del individuo y del grupo entre los miembros de la comunidad. Dichos momentos son el nacimiento, la pubertad, la madurez, la reproducción y la muerte, otorgándosele significado social a estos procesos biológicos.

Desde la investigación empírica, Turner (1990: 455) plantea la relación del ritual con la vida cotidiana y propone una metodología sobre el manejo y análisis de los símbolos y los rituales dentro de los contextos sociales: “Así llegué a ver las celebraciones rituales como fases específicas de los procesos sociales por los que los grupos llegaban a ajustarse a sus cambios internos, y adaptarse a su medio ambiente. En esta perspectiva, el símbolo ritual se convierte en un factor de la acción social”.

El tema de la muerte parte de la experiencia personal, con la que se mantiene un acercamiento directo en el ámbito funerario como actividad económica familiar. Esta actividad me permitió conocer prácticas funerarias en las que se conjugan ámbitos rurales y urbanos, tradicionales y “modernos” presentes en los terrenos de la muerte. La pertinencia de mi investigación radica en el acercamiento al contexto histórico y simbólico inmerso en el ritual mortuorio, así como la relación de cada uno de los elementos que lo conforman, la organización de los individuos que integran esta comunidad y el papel que estas prácticas desempeñan en la continuidad histórica del pueblo de San Lorenzo Tezonco.

La actual Iztapalapa era surcada por lagos (como el de Texcoco) y diversos ríos (como el Churubusco y la Piedad), que también son conocidos como “lajas”. La calzada de La Viga era el Canal Nacional, que conducía las aguas de los canales de Chalco, Tezontle, del Moral y de Garay. Aunque hoy día las aguas del lago y los ríos que cruzaban la demarcación sean sólo un recuerdo, parte de su paisaje se conserva aún, como el cerro de La Estrella, el Peñón Viejo y la sierra de Santa Catarina, donde se hallan los volcanes de San Nicolás, Xaltepec y el de La Candelaria.

El nombre de Iztapalapa proviene del vocablo náhuatl *iztapalli*, que significa “lozas” o “lajas”, y *atl*, que quiere decir “agua”. En conjunto, se lee como: “En el agua de las lajas.” Iztapalapa se localiza en el oriente del Distrito Federal y colinda con las delegaciones Iztacalco, Tláhuac, Xochimilco, Benito Juárez y Coyoacán, así como con los municipios de Nezahualcóyotl, Los Reyes, La Paz y Valle de Chalco, que pertenecen en conjunto al Estado de México.

San Lorenzo Tezonco, pueblo originario de Iztapalapa, es de origen náhuatl, rodeado de tres lagos: dos de agua dulce –Xochimilco y Chalco– y uno de agua salada –Texcoco–. En un principio se formó por un *altepetl* –o “pueblo”, que se refiere a la localidad y al conjunto de habitantes del lugar (pueblo separado)–, dividido en dos

calpulli o barrios llamados de los “tetzoneros” –personas que habitaban en las zonas cerca de la laguna– y de los texcaleros –habitantes de zonas de basalto, que son rocas volcánicas de color negro o verdoso.

En la actualidad el pueblo de San Lorenzo Tezonco está conformado por cuatro barrios: San Lorenzo, San Salvador, San Antonio y de Guadalupe, donde predomina su amplio contexto histórico, en la cual convive una gran variedad de costumbres y tradiciones hoy día transformadas, las cuales son reconocidas como prácticas de identidad del pueblo.

Los aspectos culturales con los que más se ha destacado a los pueblos en Iztapalapa hacen énfasis en las celebraciones públicas festivas y religiosas, como las mayordomías, peregrinaciones, danzas, representaciones de Semana Santa y carnavales. Estas actividades tienen un gran peso que pone en la mira a sus habitantes y convoca a vecinos y otros pobladores de la ciudad. Al contrario de estas celebraciones públicas y masivas, los ritos mortuorios y las prácticas que se suceden alrededor de estos eventos corresponden al ámbito de la vida privada de la comunidad.

En pleno siglo XXI los ritos mortuorios que se celebran en San Lorenzo Tezonco son el resultado de diversas tradiciones históricas donde se han vertido visiones que abarcan desde el mundo mesoamericano hasta el católico cristiano, así como elementos de prácticas modernas como la música y el video. Esto nos refiere también la capacidad de reproducción cultural, tradicional e identitaria que se ha logrado transmitir de generación en generación como un mecanismo de continuidad en la actual época moderna y globalizadora.

Los habitantes de la comunidad que intervienen en un sepelio y cortejo funerario desempeñan diferentes actividades divididas por género, que son fundamentales para que se lleve a cabo dicho rito, donde se reparten tareas para atender a las personas que asistirán al velorio a dar el “saludo”, como ellos le llaman al pésame que se da a los familiares directos.

Las mujeres que participan en los ritos mortuorios se encargan de preparar la comida ofrecida a quienes acompañan a la familia del difunto durante el velorio, el cual se lleva a cabo donde fue la última morada del fallecido. Por lo general en este día se hace comida de vigilia y sólo se pone a hervir café de olla, y se ofrece pan de dulce, blanco o tamales. También se cocina durante los siguientes nueve días, durante el llamado novenario o rosario, tiempo equivalente de la realización de los rezos en la religión católica. Este paso implica una etapa del ritual de rezos para pedir por el descanso y perdón del alma del difunto. La comida que se prepara para estos días es de completa vigilia, donde las carnes rojas quedan fuera del menú.

Los hombres, por su parte, se encargan de poner el manteado y lonado, acción consistente en poner lonas y mesas durante el velorio y novenario, así como a conseguir o rentar sillas para la gente que llegará a dar el saludo a la familia doliente. Las mujeres que llegan a dar el saludo traen consigo víveres como frijol, charales, romeros, chile guajillo, mole, canela, café, semillas, arroz, papas, pan, azúcar y ceras, mientras que los hombres hacen entrega, dentro de sus posibilidades, de dinero en efectivo a algún familiar directo del difunto, ya sea a los padres, esposo, esposa o a los hijos, según sea el caso.

Las veladoras, las coronas y las flores son elementos que nunca faltan en un velorio del pueblo de San Lorenzo Tezonco. Las ceras tienen un significado de orientación y de alumbramiento para el camino del alma; por ello la importancia de mantener con luz el lugar donde se realiza el velorio. Las coronas representan un símbolo de admiración y respeto hacia el difunto. Las flores, por su parte, simbolizan la expresión anímica de la naturaleza humana. Hay quien llega a afirmar que la flor conduce a la sensibilización del alma, por lo que la costumbre de acompañar con flores en el caso de un velorio demuestra solidaridad con el dolor de la familia del difunto. Se podría decir que las flores pasan a formar parte de las representaciones más vistas en el ámbito mortuario. Las que predominan en los terrenos mortuarios en el pueblo de San Lorenzo Tezonco son las gladiolas y la nube blanca; las primeras poseen grandes follajes brillantes en forma de espada y tienen pétalos vistosos que parecen una copa angosta con profundos colores, mientras que la nube blanca es ornamental, en cuyas ramas predominan los colores blancos o rosados.

Descomposición del cuerpo

Después del fallecimiento, pasan alrededor de seis horas antes de que comience la rigidez del cuerpo. Los músculos se relajan, la vejiga se comienza a vaciar y la comida que se encontraba en los intestinos comienza a fermentarse, motivos por los cuales se inicia el desprendimiento de olores fétidos, a lo que se le suma, en un lapso aproximado de 12 horas, la pérdida de líquidos, según la temperatura en que se mantenga el cuerpo, por nariz, oídos, boca, etcétera.

La temperatura corporal descende unos 0.83°C por hora, a no ser que haya factores medioambientales que lo impidan. El hígado es el órgano que se mantiene caliente durante más tiempo, por lo que se suele medir su temperatura para establecer el momento de la muerte si el cuerpo se encuentra dentro de este periodo de tiempo

en caso de que la muerte haya sido ocasionada o provocada y se determine un caso legal. En los primeros 30 minutos la piel se vuelve púrpura y con aspecto ceroso; los labios y las uñas de los dedos palidecen por la ausencia de sangre; la sangre se estanca en las partes bajas del cuerpo, formando una mancha de color púrpura oscuro llamada lividez. Por la pérdida de sangre, las manos y los pies comienzan a cambiar de color y los ojos comienzan a hundirse hacia el interior del cráneo.

En las próximas tres a cuatro horas comienza a aparecer el *rigor mortis*, en el cual se determina el estado característico de un muerto, con el que se hace presente el estancamiento de la sangre y una dificultad para mover o manipular el cadáver al tensarse los músculos por completo durante las siguientes 12 horas.

Preparación del cuerpo en adultos

Una vez mencionado lo anterior es posible adentrarse en el tema de la preparación del cuerpo dentro de los ritos mortuorios de San Lorenzo Tezonco. En la actualidad el embalsamamiento es sugerido a los familiares como fundamental por parte de quienes ofrecen los servicios funerarios, en primera instancia por higiene para las personas que estarán presentes durante el velorio, cortejo y sepelio. Cabe mencionar que en San Lorenzo Tezonco y otros pueblos en México esta práctica no era bien vista debido a la creencia de que así como una persona llegó a este mundo, así se debe de ir a rendir cuentas con su creador, aunada a la idea de que se le extraerían los órganos para lucrar con ellos.

En un artículo del Colegio Mexicano de Ciencias Forenses se recomienda inhumar, incinerar o embalsamar el cuerpo humano en un periodo comprendido entre las siguientes 12 y 48 horas después de la muerte declarada clínicamente.

El embalsamamiento consiste en la desinfección y preservación del cuerpo humano mediante extracción de líquidos y la inyección vascular de germicidas químicos solubles y compuestos como el formol para su preservación, ya que después de 12 horas comienza arrojar líquidos, entre ellos sangre, por la nariz, boca y oídos, entre otros aspectos que no son agradables para los familiares y que constituyen un foco de infección para los que acompañan en el funeral. La memoria de algunos de los pobladores de San Lorenzo Tezonco recuerda que no se practicaba el embalsamamiento:

No, no había eso. Por aquí en el pueblo no había eso. Por aquí no. Ya por aquí se llegó a conocer eso del embalsamamiento pues que yo me acuerdo hace unos [...] tendrá unos

40 o 50 años para acá que lo van a embalsamar. Que eso ya había en otros lados, pero aquí todavía no se llegaba a hacer eso porque no había para esos embalsamamientos. Entonces todo era natural (entrevista con María Luisa Ambriz, originaria del pueblo de San Lorenzo Tezonco).

El que realiza este proceso debe ser un especialista, que también viste y hace un arreglo estético al cadáver para que esté presentable tanto para la familia como para la comunidad que acompaña el ritual. Sin embargo, en el pueblo de San Lorenzo Tezonco se mantiene la firme tradición de que quien viste y arregla al fallecido es el padrino de bautizo o, en caso de que haya fallecido antes, la familia, que también elige su última vestimenta ante la comunidad. A diferencia de los ciudadanos, en San Lorenzo Tezonco la vestimenta que usan los difuntos representa a algún santo, como san Judas Tadeo, o si es mujer, de la Virgen de Guadalupe o la de los Remedios, según lo que decidan los padrinos. De igual forma se le coloca una vara de membrillo o de rosal, así como sandalias y un guaje, en caso de que en su recorrido y paso hacia el juicio final –para el caso de la religión católica– llegara a tener sed.

Los padrinos del bautizo anteriormente eran comprometidos de que ya lo bautizaron a uno. Estaban comprometidos que cuando se casara, el padrino iba a casar al hombre y si era mujer, pues nada más el vestuario. Entonces el padrino tenía la obligación de vestir al hombre, pagar la misa y hasta donde pudiera el padrino, o si llevaba música o nada más la misa que pagara. Y ya de ahí pues ya tocaba de un difunto que pues, si moría por enfermedad o murió por edad, los papases de uno tenían uno que ir a ver al padrino, avisarle que ya murió su ahijado. En caso de que ya no viviera el padrino estaban representando los hijos del padrino o hijas y ellos tenían la obligación de venir a tapar al difunto, ya sea con una sábana o ya sea que le hiciera de corazón del padrino de vestirlo de un santito o de un sacerdote. Ésa era su obligación de aquellos años de los padrinos. Ése era su compromiso (entrevista con el señor Martín Reyes, originario del pueblo de San Lorenzo Tezonco).

Velorios de adultos

En el caso de fallecimiento de hombres o de mujeres adultos, durante el velorio los varones de la familia más cercana montan guardia en silencio, a un costado del ataúd, en grupos de cuatro: dos se colocan en la cabecera y dos al lado de los pies. Primero pasan los familiares más allegados, después los acompañantes del pueblo y

la última guardia la rinden los cargadores del ataúd, que son los familiares directos, ya sean hermanos, primos, hijos o padres, según el caso. De esta forma los habitantes rinden respeto y acompañamiento por su estadía en el pueblo como pertenecientes de la comunidad: “Es un homenaje a la persona que falleció. Lo usual es que la guardia no dure más de cinco minutos y significa el respeto que le guardan los deudos y una forma de despedida ritual” (entrevista con el señor Martín Reyes).

Algunos de los elementos que conforman parte del rito mortuario son una cruz de cal, un recipiente de cebolla con vinagre y sábila, veladoras y cirios. Cuando alguien muere, en caso de que haya sido en casa, se hace una cruz bajo el ataúd y en la cabecera se pone una piedra o ladrillo, ya que, según la tradición, antes de que se le empiece a rezar, la tierra debe tomarlo. Además se colocan cuatro velas, las cuales simbolizan los cuatro puntos cardinales, para que el ánima se oriente hasta encontrar su camino junto con los cirios, que sirven para guiar los pasos de las ánimas en su viaje. Uno de los elementos fundamentales en este rito es el recipiente que contiene cebolla y vinagre, preparado con la intención de absorber los olores fétidos resultantes de la descomposición del cadáver.

Recorrido

Otro elemento de la tradición que se mantiene firme es el “recorrido del difunto”. Al ser llevado en hombros sólo por varones, éstos experimentan sensaciones fuertes y únicas mientras lo transportan por donde en vida fue su camino o desde la casa donde habitó por última vez:

Quienes hemos tenido la fortuna, por así decirlo de alguna manera, de cargar el ataúd de un difunto, experimentamos sensaciones que sólo entre los hombres sabemos que se sienten. Se siente pesado pesado el ataúd, como si se colgaran de él, que hasta nos corta el mismo ataúd, y en el momento no decimos nada. Sólo en ese momento, con nuestras miradas, nos comunicamos como diciendo “¿sentiste?”, y se siente más cuando estamos por llegar al panteón, y es ahí cuando decimos que no se quiere ir, hasta que entre nosotros le rezamos y le decimos que ya va a descansar (entrevista con el señor Martín Reyes).

Otra de las tradiciones en el pueblo de San Lorenzo Tezonco es la misa de cuerpo presente. Este rito se lleva a cabo con la organización por parte de la familia, la cual acude a la iglesia del pueblo a avisar que uno de los habitantes de la comunidad

falleció y que se acudirá a misa de cuerpo presente. Así el padre sabe la hora en que esto ocurrirá y repica las campanas para recibir al difunto y de ahí partir al panteón vecinal.

Sepelio

La forma en que son sepultados los adultos arraiga las tradiciones de San Lorenzo Tezonco. Ésta se relaciona con los antepasados prehispánicos, ya que, como reconoce la investigadora Pilar Gonzalbo Aizpuru, en el interior del ataúd se colocan elementos relacionados con su oficio. Además, si perteneció a un grupo de comparsas o charros, la música no se hace esperar, y así hay sepelios al son de la banda, de grupos norteños o de mariachis, y mientras se baja el ataúd en la fosa se le avientan flores como rosas y nubes blancas.

Preparación del cuerpo y velación de niños

En el caso de fallecimiento de infantes no mayores de dos o tres años, la forma en que se llevan a cabo sus velorios, cortejos y sepelios funerarios comienza desde la preparación del cuerpo, con la realización del embalsamamiento, llevado a cabo por un especialista que acude a casa del difunto. Como ya se dijo, mediante este procedimiento se extraen los líquidos y fluidos del cuerpo y se le inyectan químicos, entre ellos formol, que ayuda a preservar el cuerpo durante el velorio para que esté presentable, sin expedir los olores de la descomposición, y es también una medida de sanidad, para evitar enfermedades a los asistentes al velorio. Después del embalsamamiento por parte del especialista, que también puede vestir el cuerpo del bebé o niño, existe la opción de que sean los padrinos de nacimiento quienes lo vistan, en caso de que se haya alcanzado a bautizar, o bien los propios padres quienes se encargan de hacerlo mediante un ropón.

Como en muchas comunidades alcanzadas por el neoliberalismo, el sincretismo cultural se hace presente en el proceso de velación de los niños, ya que es una regla en la comunidad que sean acompañados con canciones tradicionales infantiles mexicanas o con música comercial infantil, y no con el canto de rezos emitidos por los niños cantores, cuya finalidad es ayudar al alma a su encuentro más rápido con dios por medio de oraciones.

La familia decide qué tipo de canciones serán puestas en el velorio, aunque si en el núcleo predominan jóvenes, la música que se pondrá será seguramente comercial (Tatiana, Cepillín, Cri Cri, etcétera), pero, por el contrario, si en la una familia abundan personas mayores se optará por escuchar canciones de tradición mexicana (“La rueda de san Miguel”, “A las puertas del cielo”, “La víbora de la mar”, “El chorrito”, “Arroz con leche”, “Brinca la tablita”, “Chocolate molinillo”, “Cinco elefantitos”, “De colores”, “El sapo”, “El torito”, “Itzi, bitzi araña”, “Naranja dulce”, “Pin Pon”).

En estos velorios, quienes asisten, llevados por sus tutores, son niños en su mayoría de diferentes edades, motivo por el cual la casa donde se vela al bebé o niño se adorna con globos y figuras de ídolos infantiles. Se ha perdido la costumbre de colocar imágenes tradicionalistas mexicanas, como la de alebrijes o carritos de cartón hechos a mano, o muñecas de trapo o baleros para que los niños que acompañan en estos velorios jueguen con ellos, así como dibujos alusivos a flores, mariposas o globos de un solo color, si bien se llegan a poner hasta piñatas. En contrapartida, en la actualidad se han adoptado imágenes de caricaturas y series estadounidenses, como *Bob Esponja*, *Plaza Sésamo*, *Spiderman*, *Batman*, *Las pistas de Blue*, o de personajes de moda producto de la mercadotecnia y la cinematografía, como de la compañía de Disney y Pixar, como *Winnie Pooh*, *Peter Pan*, *Cars*, *Monsters Inc.*, *Toy Story* y *Bichos*, entre otros. Durante el velorio se dan dulces y se les sirve de comer a quienes acompañan a la familia del pequeño difunto.

Cortejo

En algunas familias de San Lorenzo Tezonco persiste el tradicional rito de colocar al bebé o niño en una mesita de madera adornada alrededor con flores y globos de color blanco, amarillos, o en su caso rosas o azules. En la cabecera de la mesa son colocados unos arcos, recubiertos de plástico cristal para que se observe su interior. Los propios arcos son adornados con flores y globos de color blanco.

El cortejo fúnebre de bebés es acompañado por parte de la comunidad y de niños vestidos de blanco. En este tipo de cortejos una de las tradiciones que se tiene es cargar la mesita hasta el panteón, y quienes lo hacen son sólo niños varones de alrededor de 10 años de edad, los cuales caminan de forma lenta recorriendo las calles del pueblo. Niños más pequeños también son partícipes de dicho ritual, al encargarse de arrojar al paso del cortejo pétalos de flores blancas, en su mayoría rosas, que semejan confeti.

Sepelio

Al llegar al panteón vecinal, el cuerpo del bebé o niño es depositado en un ataúd de color blanco, pues se tiene como regla establecida enterrarlos con ese color. Los bebés o niños que llegan a fallecer en el pueblo de San Lorenzo Tezonco son sepultados y no incinerados, pues su cosmovisión se los prohíbe, ya que la muerte de un infante en sí ya es una desgracia, según como haya fallecido.

Velorio en adultos

Contra la costumbre de la mayoría de los ciudadanos, que al adquirir un servicio funerario incluyen la renta de una capilla, mejor conocida como sala de velación, una de las tradiciones que preserva el pueblo de San Lorenzo Tezonco, así como otros pueblos del Distrito Federal, es la velación en casa del difunto para llevar a cabo la vigilia de pedimento del descanso eterno de su alma, así como para acompañarlo por medio de rezos durante una última noche de cuerpo presente, junto con sus familiares y la comunidad.

El legado que el difunto deja tras su muerte a la comunidad se refleja en la cantidad de gente que acude a dar el saludo a la familia. Por ejemplo, si fue joven o si su familia participó en alguna de las fiestas del pueblo, como las fiscalías, mayordomías, danzas o comparsas –de ahí la importancia de nombrar estas fiestas con anterioridad.

El velorio en sí es un ritual ancestral que permite a la familia hacerse a la idea de que la persona con la cual convivieron ya no estará más entre ellos, y que de alguna manera se asimile y constate su muerte: “Más antes mis abuelos nos contaban que los muertos revivían y por ello uno hacía los velorios, y ahí se daba uno cuenta si sí estaban ahora sí que muerto” (entrevista con la señora Angelina de Reyes, originaria del pueblo de San Lorenzo Tezonco).

El origen de los velorios tiene que ver precisamente con tales acontecimientos, como que los supuestos difuntos despertaran debido a la enfermedad conocida como catalepsia, por la cual el cuerpo quedaba en un estado de inmovilidad, aparentemente sin signos vitales, si bien en realidad incluso el individuo podía hallarse en un estado vago de conciencia, en el que se puede ver y oír a la perfección lo que sucede alrededor. Este tipo de enfermedad puede ser consecuencia de la epilepsia o la esquizofrenia, o por los efectos de la cocaína, entre otros, presentando síntomas como rigidez corporal, piel pálida y nula respuesta a estímulos, además de respiración y

pulso muy lentos. Por esto motivo se llegó a enterrar a personas que aún estaban con vida, pero que no demostraban signos vitales. Esta enfermedad es clasificada por médicos especialistas como de gravedad, ya que la persona puede ser sepultada viva y despertar en cualquier momento:

Normalmente podían llegar a durar un tiempo prolongado y hasta días en los que la persona, en estado de muerte aparente, podía ser enterrada y despertar ya dentro del ataúd. Hay muchos casos de catalepsia. Uno que recuerdo fue en 2007 en Buenos Aires, Argentina, donde se declaró muerta a una bebé prematura. Estando ya en la morgue, ahí es donde se constata y cabe la posibilidad de que siga habiendo este tipo de casos clínicos (entrevista con el neurocirujano Francisco Rodríguez).

Sin embargo, con los avances tecnológicos logrados resulta casi imposible que un individuo sea enterrado en estado de catalepsia, aunado de que a la hora de practicar el embalsamamiento ahí si se descarta toda posibilidad de supuesta vida para el difunto, dados los procedimientos que en este se emplean. Éste es uno de los motivos del porqué en nuestros pueblos solían mencionar que los muertos solían revivir, así que, como precaución, se optó por velar al “difunto”.

Bibliografía

- COSTA, Xavier, *Sociología del conocimiento y de la cultura. Tradiciones en la teoría social*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2006.
- DURAND ALCÁNTARA, Carlos, *Educación agrícola, pueblos indios y nueva ruralidad en los umbrales del siglo XXI*, México, UAM, 2001.
- FABILA, Manuel, *Cinco siglos de legislación agraria*, México, Ediciones Gubernamentales de la Secretaría de la Reforma Agraria, 1981, t. I.
- GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español*, México, Siglo XXI, 1991.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, *Historia de la vida cotidiana en México I: Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, México, El Colegio de México/FCE, 2006.
- HEYDEN, Doris, *Mitología y simbolismo de la flora en el México prehispánico*, México, UAM, 1983.
- MACAZAGA ORDOÑO, César, *Iztapalapa, en el agua atravesada*, México, Innovación, 1981.
- MEDINA HERNÁNDEZ, Andrés, “Pueblos antiguos, ciudad diversa. Una definición etnográfica de los pueblos originarios de la ciudad de México”, en *Anales de Antropología*, México, IIA-UNAM, vol. 41, núm. 2, 2007, pp. 9-52.
- MENDOZA LUJÁN, Erik, *Día de Muertos en la Mazateca. Una mirada desde la antropología del comportamiento*, México, INAH-Conaculta, 2005.

- MONTAÑO, María Cristina, *La tierra de Ixtapalapa: luchas sociales*, México, UAM-I (Cuadernos Universitarios, 17), 1984.
- PIHO LANGE, Virve, *Iztapalapa durante la conquista*, México, INAH-Conaculta, 1996.
- PORTE, Vicente, “Muerte y sepultura”, en *500 pueblos, cómo son y dónde viven*, España, Noguer, t. 2.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, México, FCE, 1983.
- TURNER, Victor, *La selva de los símbolos: aspectos del ritual Ndembu*, Madrid, Siglo XXI, 1990.